

RESEÑA DEL LIBRO
CONTRA KEYNES Y CAMBRIDGE,
DE F.A. HAYEK
(UNIÓN EDITORIAL, MADRID 1996,
320 PÁGINAS)

CRISTÓBAL MATARÁN

En 1931, un joven economista austriaco aceptó una oferta de trabajo en la London School of Economics, cuyo departamento de teoría económica dirigía Lionel Robbins, un economista británico que había viajado hasta Viena para asistir al seminario de Ludwig von Mises. Apenas unos años más tarde de la llegada de este joven economista con ideas extrañas sobre etapas en un proceso de producción, el economista más influyente de todo el s.xx en los países occidentales, aunque no necesariamente para bien, John Maynard Keynes, publicó su célebre tratado *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*. A partir de ese momento, este joven economista austriaco inició una crítica demoledora y sin precedentes a la doctrina de la naciente Escuela Keynesiana, lo cual le granjeó una verdadera hostilidad por parte del mundo académico. Hablamos de Friedrich A. Hayek.

La obra cuenta con tres partes. La primera de ellas es una refutación de las teorías subconsumistas sobre la que hablaremos más adelante. La segunda, posiblemente la más importante, reúne la correspondencia que Hayek y Keynes se enviaron a lo largo de los años 30, a vueltas con la publicación de la *Teoría general* de uno y *Precios y producción* de otro. Por último, la obra finaliza con tres críticas austriacas a la doctrina keynesiana, pero vistas años después de la confrontación y del fallecimiento del propio Keynes, cuya vigencia sigue plena pese a las décadas transcurridas.

Los ejes principales sobre los que gira la crítica hayekiana a la teoría keynesiana pueden resumirse de la siguiente forma. Para empezar, los keynesianos cuentan con una concepción de la función empresarial que les hace concebir la economía de mercado

como un «casino», en el que los beneficios empresariales surgen por el libre azar, no por la satisfacción de los consumidores que libremente escogen un empresario en concreto entre las distintas alternativas que el mercado les ofrece. En este sentido, los ciclos empresariales no surgen como la necesaria e inevitable corrección ante una mala asignación de factores productivos por parte del mercado como consecuencia de un sistema de precios adulterado por los bancos centrales, sino en los «instintos animales» de los empresarios, que les hacen comprar o vender en función de las modas o por instinto de emulación a los demás¹.

Además, Keynes desarrolló en sus escritos como base del ciclo económico una teoría subconismista. Desde el s.xviii la historia del pensamiento económico se ha enfrentado a este tipo de falacias. Parecería que el s.xix por fin había superado dichos postulados, pero se debe íntegramente a Keynes y sus seguidores no asumir el desarrollo de la teoría económica de siglo y medio para devolverla a un estadio anterior a los avances de la Escuela Clásica británica. Precisamente, uno de los ensayos de Hayek publicados en esta obra fue un concurso convocado en Londres sobre una refutación a las teorías subconsumistas. Con una lógica aplastante y una teoría económica de quien cuenta con la adecuada teoría del capital, Hayek desmonta la idea, que sobrevive hasta nuestra época, según la cual las crisis son causadas por shocks reales de la economía, en el sentido de una caída en la demanda agregada trae desempleo.

Precisamente, esta teoría del capital que Hayek se trajo de su Viena natal es el punto principal de divergencia entre ambas escuelas de pensamiento económico. La teoría keynesiana concibe un proceso productivo plano en el que los bienes económicos aparecen en el estadio final. Por el contrario, el análisis austriaco introduce la condición del *tiempo*, siempre entendido en su sentido subjetivo, para explicar cómo una caída en el consumo no tiene que significar necesariamente una crisis. Es más, la Escuela Austriaca siempre ha señalado el ahorro como base para el crecimiento económico, al conseguir que las etapas productivas se vuelvan más

¹ Para una detallada explicación de la concepción keynesiana del empresario, léase Vara, O.: *Raíces intelectuales del pensamiento económico moderno*, Unión Editorial, Madrid 2006.

capital-intensivas, dando lugar a bienes más baratos y de mayor calidad².

La última crítica que Hayek lanza a Keynes versa sobre su política monetaria. Hayek acusa a Keynes de no haber comprendido el funcionamiento mismo de la acción humana. En su tratado sobre teoría monetaria publicado unos años antes, Keynes utiliza la probabilidad bayesiana para explicar las acciones empresariales, entrando de lleno en el más rancio positivismo científico. El uso de probabilidades para explicar acciones humanas, explica Hayek, no es de recibo al no ser el objeto de estudio de la ciencia económica el mismo que en las ciencias naturales. Mientras que los organismos y objetos estudiados por la física, la química o la biología cuentan con relaciones constantes e impolutas, en tanto en cuanto no cambie su naturaleza, la ciencia económica debe dar cuenta de fenómenos mucho más complejos, al ser estas relaciones humanas.

La primera conclusión que se alcanza con la obra es que se trata de un diálogo de sordos. Keynes es incapaz de comprender las críticas de Hayek porque su concepción unidireccional del proceso productivo no le da para más. Por mucho que Hayek se esfuerce en sus epístolas, a veces de manera enconada, en explicar a Keynes los puntos débiles de su teoría, nada hay que hacer. Como reza el viejo dicho castellano, no hay mayor ciego que el que no quiere ver.

Además, la Escuela Keynesiana, pese a llevar medio siglo de encadenar fracasos, no ha hecho ninguna autocrítica. Su salvación pasa por volver a sus orígenes, a las primeras críticas realizadas y asumir sus evidentes errores metodológicos. Sólo así podrán poner punto y final a la malsana influencia de un economista capaz de defender una posición y la contraria en la misma conversación.

Estas críticas de Hayek cayeron en el olvido académico hasta los años 70, cuando una endiablada combinación de inflación y desempleo ofreció al mundo lo que los economistas austriacos ya había intuido tres décadas antes: la teoría keynesiana falla en sus supuestos más básicos, dejando al descubierto una falta de honestidad científica y de mala metodología. Así, a raíz de la crisis del petróleo de 1973, los gobiernos comenzaron a dejar paulatinamen-

² Léase Hayek, F.A.: *Prices and production*. The Ludwig von Mises Institute. 1967. Auburn (Alabama).

te de lado las recetas keynesianas y a confiar más en la economía de mercado. Sin embargo, tras la Gran Recesión de 2008 parece haberse vuelto al mismo punto de partida inflacionario que Keynes propugnaba. Aunque esto, es ya otra historia.